

CAPITULO XXVI.

El triunfo de la Cruz.

Para hacer resaltar el glorioso triunfo de la cruz, nos serviremos de la admirable hipótesis ideada por un padre de la Iglesia, y revestida con una forma pasmosa por el obispo de Hermópolis. "Supongamos, dice este último, que en el momento en que Jesucristo va á principiar su mision, se encuentra con un filósofo y entabla con él la conversacion siguiente:

Filósofo. ¿Cuál es tu designio, pregunta á Jesucristo, al recorrer las ciudades y aldeas de Galilea, enseñando al pueblo una doctrina nueva?

Jesucristo responde: Mi designio es el de reformar las costumbres de la tierra, y el de cambiar la religion de todos los pueblos, destruyendo el culto de los dioses que adoran, para que en lo de adelante adoren á un solo Dios verdadero; y por árdua que parezca mi empresa, yo afirmo que la llevaré al cabo.

Filósofo. ¿Sois, por ventura, mas sabio que Sócrates, mas elocuente que Platon y mas hábil que todos los genios sublimes que han ilustrado á Roma y á Grecia?

Jesucristo. No pretendo enseñar la sabiduría humana: por el contrario, voy á convencer de locura la sabiduría de esos sabios tan jactanciosos; y la reforma que alguno de ellos no se ha atrevido á emprender en una sola ciudad, yo la voy á obrar en el mundo por mí mismo y por medio de mis discípulos.

Filósofo. ¿Vuestros discípulos siquiera, por sus talentos, riquezas, reputacion y dignidades, gozarán de tal esplendor,

que ofusquen el Pórtico y el Liceo, y de tal poder que arrastren en pos de ellos á la multitud?

Jesucristo. No; mis enviados serán hombres ignorantes y pobres, tomados de la clase del pueblo, y sacados de la nacion judía, que como es sabido, es despreciada de todas las otras; y sin embargo, por medio de esos hombres, triunfaré de los filósofos y poderosos de la tierra, no menos que de las muchedumbres.

Filósofo. ¿Será necesario, al menos, que conteis con legiones mas invencibles que las de Alejandro, ó de César, que lleven ante vuestros discípulos el terror y el espanto, para disponer á las naciones enteras á rendirse á sus piés?

Jesucristo. No, nada de eso entra en mi pensamiento: mis enviados serán mansos como unos corderos, que se dejan degollar de sus enemigos; porque yo haré crimen de que saquen la espada para fundar el reino de mi ley.

Filósofo. Os prometeis, acaso, que los emperadores, el senado, los magistrados y los gobernadores de las provincias favorezcan con todo su poder vuestra empresa?

Jesucristo. Lejos de eso, todas las potestades de la tierra se armarán en mi contra: mis discípulos serán arrastrados ante los tribunales; serán odiados, perseguidos y condenados á muerte: durante tres siglos enteros se anegarán mi religion y mis discípulos en rios de sangre.

Filósofo. ¿Cuál, pues, será el atractivo que tenga vuestra doctrina para atraerse á toda la tierra?

Jesucristo. Mi doctrina encierra misterios incomprensibles. Mi moral es mas pura que cualquiera que se haya enseñado hasta el día de hoy: mis discípulos publicarán de mí que nací en un pesebre, que llevé una vida de pobreza y de sufrimientos, y aun podrán agregar que espiré en una cruz, porque así he de morir. Todo esto será público en sumo grado; todo será creído entre los hombres; y yo soy ese mismo á quien la tierra entera ha de adorar un dia.

Es decir, dice el filósofo con cierto aire de compasion, que

vos tratais de ilustrar á los sabios por medio de los ignorantes, de vencer á los poderosos por medio de los débiles, de atraer á la multitud combatiendo sus vicios; de hacerlos de prosélitos ofreciéndoles sufrimientos, desprecios, oprobio y muerte; es decir, que pretendéis destronar los dioses del Olimpo para hacerlos adorar en su lugar, ¡vos, que según decís, habéis de morir en una cruz cual un malhechor y vil esclavo! Quitaos de aquí: vuestro proyecto no es sino una locura; pronto se desbaratará con la rechifla del público que os hará la debida justicia; y antes de creer en la realización de vuestros pensamientos, creería el que con solo la fuerza de vuestra palabra, podréis hacer estremecer la tierra y derribar del firmamento el sol y las estrellas." ¹

Pues bien; eso que era humanamente imposible, fué lo que sucedió precisamente: la sabiduría humana fué confundida, todas las ideas comunes fueron trastornadas, y la cruz subyugó á todo el universo. De las sombras horribles de los calabozos y de las llamas de las hogueras se levantó radiante sobre los altares: los pueblos que la perseguían se posternaron ante ella y la adoraron: los ejércitos rompieron sus águilas, pusieron la cruz sobre sus estandartes para caminar á la victoria: los sabios y los filósofos abjuraron sus falsos sistemas, y consagraron la elocuencia y habilidad de sus plumas á engrandecerla: los emperadores la llevaron en triunfo al Capitolio, y rindiéndola homenajes en los palacios y en las ciudades, buscaron en otras costas un lugar para establecer una nueva capital, dejándole la antigua metrópoli del error, para que allí mismo se estableciese la Silla del imperio espiritual, donde la cruz, cual reina coronada de la inmutable verdad, debería reinar perpetuamente.

Ese triunfo milagroso de la cruz, que invocaban en su tiempo San Pablo, San Ireneo, San Clemente de Alejandría, San Justino; ese triunfo que servía de armas á Tertuliano, Orí-

¹ Conferencias, tomo II, pág. 211.

genes, San Agustín y otros apologistas de su época; ese triunfo que los apologistas posteriores han presentado sucesivamente como un fortísimo argumento, como un hecho irrecusable; argumento, que los siglos corroboran mas y mas, ha sido la desesperación de los enemigos del cristianismo. No hay recurso que no hayan imaginado para debilitar el efecto que causa ese solemne triunfo sobre las conciencias, sin considerar, que sus esfuerzos unánimes y perseverantes, harán suponer, aun á los menos avisados, que infructuosamente se dan tan rudos golpes, supuesto que un fantasma puro no podría ser el punto de vista de tantos ataques. Combatir á la cruz hasta en su mismo triunfo, no era sino procurarle nuevas victorias, escitando á los espíritus á meditar sobre la virtud y sublimidad de su omnipotencia celestial.

Los doctores judíos y los filósofos paganos no podían negar, ni tampoco idearon el poner en duda la asombrosa propagación del Evangelio, que se obraba ante sus ojos. Negar la causa sobrenatural, de que también eran testigos, no hubiera sido fácil, y lo único que podían hacer era desnaturalizarla, y en verdad que en esto no se quedaron cortos. Lejos de reconocer el dedo de Dios en los estupendos milagros que se obraban en su presencia, y que los nuevos cristianos presentaban como motivos de sus conversiones, los atribuían mejor á la influencia de agentes ocultos, ó á la habilidad esparta y ejercitada. Exagerar el efecto de los secretos de la magia, ponderar los fenómenos que causaban los prestigios, tal fué la táctica que pusieron en obra, para atenuar el prodigio de los trabajos apostólicos.

Estos medios, con los que contaban hacer vacilar á las almas débiles, no ofrecen el día de hoy nada serio, y ni aun merecen el honor de la refutación. Del mismo modo los modernos enemigos de la cruz, han creído poderse valer de otros argumentos, no menos pueriles. En el siglo diez y ocho Gibbon, Voltaire y su escuela, creyeron que en esa época era mas conveniente poner en duda la importancia del he-

cho, que entrar en su discusion de buena fé. Vióseles, pues, con desprecio de una tradicion constante y de los textos mas explícitos y auténticos, reducir á mezquinas proporciones los progresos primitivos de la religion cristiana: tuvieron la osadía de escribir y sostener, que habia sufrido pocos combates, pocas persecuciones, y que pocos obstáculos tuvo que remover. Otros filósofos, sin tomarse el trabajo de servirse del artificio, se conformaron con arrojar, con brutal cinismo, sobre aquellos primitivos cristianos tan virtuosos, resignados, mansos y tan santamente heroicos, ¡primera esperanza de la regeneracion humana! las palabras de supersticion, credulidad y fanatismo, con cuyas frases, creen esplicarlo todo. Mas á pesar de todos los sofismas y de todos los desdenes filosóficos, la historia permanece en pié, como encarnada en todas las tradiciones, monumentos y literaturas: la historia permite el paso á esa turba de espíritus preocupados, y un dia ú otro obliga á sus profanadores á recurrir á su verdad. Esto es lo que ha sucedido. Los estudios concienzudos han disipado las nubes amontonadas por la mala fé; la verdad ha resplandecido, y la evidencia de los hechos ha bastado para justificar las calumnias y las injurias que inventaron los falsarios embaucadores.

No creais por esto, que la filosofía confiese francamente su derrota: no, no; esto fuera exigir mucho de su naturaleza sofística y orgullosa; pero acordándose de su antigua flexibilidad, no pudiendo negar mas el triunfo de Jesucristo, ha tratado de apropiárselo; y para combatir á la cruz con mejor éxito se ha revestido con las insignias del cristianismo con el fin de despojarla de su gloriosa aureola cubriéndola con los oropeles del racionalismo. No juzgando mas útil á sus fines el parecer cristiana, ha convertido á Jesucristo en filósofo, y con orgullo se apropia para sí los honores del Verbo Humanado. A sus ojos el Hijo de Dios no es sino el sucesor y el heredero de Zoroastro, de Confucio, de Sócrates, de Platon ó de Zenon: "Vino en tiempo oportuno, dicen, y su-

po con destreza recoger todos los fragmentos de la verdad, esparcidos en el mundo: su luminoso electicismo subyugó las inteligencias; su ley de amor sedujo á los corazones; sus máximas de libertad, igualdad y fraternidad arrastraron á la multitud, condenada desde mucho tiempo á sufrir la miseria y la esclavitud. La idolatría estaba decaída, los espíritus tenían necesidad de fé, las almas rectas estaban sublevadas contra la corrupcion de las costumbres paganas: todo estaba dispuesto para recibir la buena semilla, y no se necesitaba mas que un genio sublime para derramarla." "Yo no encuentro, dice M. Philarète Chasles, que resume esta nueva esplicacion; yo no encuentro el enigma del nacimiento y propagacion del cristianismo, resuelto, ni entre los historiadores teólogos, ni entre los filósofos. Los unos todo lo esplican por la accion de la Providencia; los otros por el acaso, ó el destino: he aquí en una palabra la solucion: *Es el triunfo de la fuerza moral sobre la fuerza física.*"¹ ¡Muy bien! pero ¿de dónde le viene á la verdad cristiana la fuerza moral; dónde la habia tomado? ¡Vosotros haceis de Jesucristo un simple filósofo, y hablais en seguida de la fuerza moral de su doctrina! ¿Pues qué la palabra de algun filósofo tiene alguna autoridad? ¿No es libre cualquiera para elegir entre Epicuro y Platon, ú otro cualquiera? ¿No conoce todo el mundo que no está obligado á obedecer á ningun filósofo? ¿Quién me asegura, si Jesucristo no es mas que un filósofo, que sus dogmas no son sino sueños de un cerebro enfermo, y que sus doctrinas no son sino teorías impracticables? ¿Dónde tomará la sancion de lo que asegura? ¿Cómo no dudar el comprometer placeres, honores, fortuna y vida para echarse la cruz sobre las espaldas y seguir sus caminos? ¿Quién podrá confiar en la fuerza moral de la verdad filosófica, cuando se sabe que los espíritus son tan fácilmente pervertidos por el sofisma; cuando se sabe que halagando sus inclinaciones se les arrastra sin trabajo; y cuando por el contrario, se les inspira aversion

¹ *Estudios sobre la Edad Media*, pág. 77.

profunda á todo lo que tiende á sujetarlos á rigurosos deberes? No basta, por otra parte, proponer la verdad á los hombres para que la reciban y le presten fé; porque segun ha dicho Tucídides, la inquisicion de la verdad les inquieta tan poco ordinariamente, que prefieren convertirse á las ideas que tienen á su alcance:¹ y no es esto lo mas, sino que despues de haberlos iniciado en ciertos conocimientos, se hace preciso, para que no se hagan inútiles ó perjudiciales, el conservarlos intactos en sus memorias. Falta, pues, explicar por qué medio Jesucristo, que no escribió por su propia mano, supo preservar su doctrina de la corrupcion, y presentarla á los pueblos de toda la superficie del globo, no obstante las oleadas de los siglos, pura de toda mezcla, por el órgano de sus discípulos, los cuales poco tiempo despues de su muerte, no pudieron oír sus lecciones.

He aquí, pues, que la objecion, por el solo modo de presentarla, se les devuelve *á priori* á los racionalistas. Si Jesucristo no ha sido mas que un filósofo, no ha podido disponer de ninguna fuerza moral, y mucho menos pudo producir por solo esa fuerza los prodigiosos resultados, que no podeis menos que reconocer. Pero para salir del paso, y para desvirtuar proporcionalmente las maravillosas obras de Jesucristo, cuando se le hace descender al nivel del filósofo, se pretenden exagerar las ventajas de los tiempos y de las circunstancias en que apareció, todo con el fin, segun se ha dicho, de rebajar los obstáculos que se presentaban ante el Redentor. Pero todo esto no es sino un pérfido artificio, por medio del cual han tenido la audacia los filósofos, para llegar con mas facilidad á su fin, de ocultar á los ojos de los ignorantes é irreflexivos la cara de la historia, que protesta á todas horas contra esas falsas aserciones. *Vosotros decís que Jesucristo vino á su debido tiempo.* ¿Qué queréis decir con esto? ¿Jesucristo tenia necesidad del mundo, ó el mundo de Jesucristo? Explicadnos esto. Jesucristo vino á su tiempo; sí, estamos

¹ Guerra del Peloponeso, tom. 1, § 20.

conformes; ¿por qué no decís, que la hora en que Jesucristo vino estaba esperada por todas las naciones, especialmente por un pueblo extraordinario y milagrosamente advertido de su venida? ¿Por qué no decís, que Jesucristo y sus apóstoles juzgaron asimismo de la oportunidad de la hora, y que contra todas las probabilidades profetizaron los sucesos universales de su predicacion antes de haberla comenzado?— *Jesucristo supo recoger todos los fragmentos de la verdad, esparcidos por el mundo;* pero ¿de dónde le habia venido esa admirable facultad eléctica, que le permitia, sin equivocarse nunca, el poner siempre el dedo sobre la verdad? Jesucristo no habia viajado como Pytágoras y Platon; no habia consultado con los sabios de la India, del Egipto y de la Grecia; y los judíos se preguntaban asombrados, cómo podia mostrar tanta sabiduría aquel hombre que no habia estudiado. ¿Por qué ocultar que algunos ilustres filósofos, algun tiempo despues de Jesucristo, trataron de hacer ensayos de un vano electicismo, y no alcanzaron otra cosa que caer en las locuras de la magia y de la teurgia, y en el caos del amalgamamiento de todas las sectas! Mas aun cuando pudierais probar que Jesucristo fué un filósofo eléctico, ¿qué habriais ganado? ¿Esta especie de filósofos merece mas fé que los demas? ¿Quien recoge de aquí y de acullá espigas, se hace mas rico recolectando trigo fino, que el que le cosecha en sus propias tierras?

¡Ese electicismo ha subyugado á todas las inteligencias! Preguntad á la historia y ella os responderá, que los primeros cristianos al someterse á Jesucristo, no creyeron someterse á un filósofo, sino á Dios; que aceptaron su doctrina, porque la reconocieron investida de un carácter sagrado y obligatorio para la conciencia: la historia os dirá, que Jesucristo no escogió por apóstoles á hombres de ciencia, sino ignorantes que se jactaban de no saber otra cosa que la locura de la cruz, y que los que creían en su palabra, se convertían por la evidencia de los milagros, y no por la elocuencia de los